

Manoliño Goreiro

VENTO NAS VELAS

VÍCTOR F. FREIXANES

Na beirarrúa do barrio porteño de San Telmo, na esquina das rúas Chile e Defensa, hai un banco de madeira para Mafalda, a figura das historias do debuxante Quino, que faleceu hai poucos días. Tiña 88 anos. Mafalda algúns poucos menos: 56. Os primeiros cadriños gráficos da mocidade empezaron a publicarse en 1964, na revista *Primera Plana*, un dos clásicos do xornalismo bonaerense da época, e mantivéronse ata o ano 1973, coincidindo coa chegada ao poder de Juan Domingo Perón no seu terceiro mandato. Quino nunca presentou ese final relacionado coa nova situación política mais tampouco disimulou as súas preferencias por outro modelo, neste caso máis próximo ao Partido Radical (Raúl Alfonsín), no que se sentía máis libre, ou menos condicionado.

Sempre que vou a Buenos Aires fago un oco na axenda para visitar o banco de Mafalda, onde algunhas veces poñen tamén algunha figura dos seus amigos: Susanita, Felipe, o pequeno Guille e, sobre todo, o Manolito. Manoliño Goreiro, fillo de galegos, que para min é un dos personaxes máis conmovedores. Quino vivía na casa que está fronte do banco de Mafalda. Os veciños recórdano con afecto, coma un personaxe moi próximo, propio dun barrio onde todos se coñecen, barrio histórico no que, por certo, se instalaban moitos emigrantes de Galicia a pouco de chegaren, igual que en Avelanedo, con establecementos de comestibles, almacéns, panaderías, boliches...

A dúas cuerdas do piso onde durante anos viviu o debuxante está o almacén de don Manolo. A primeira vez que o visitei, guiado polos propios veciños do barrio, rexentábo unha parella nova, oriúnda de Vilagarcía de Arousa, que seica llo alugaran ao fillo do propietario, tamén chamado Manuel. A parella mantiña o local case coma nos días de Mafalda: a clásica tenda humilde de barrio onde se vendía de todo, dende comestibles a revistas, chambo de noveliñas baratas, produtos de limpeza, con moitos retallos de prensa contra a parede nos que se facía referencia a Mafalda e os seus amigos, principalmente Manoliño. Non vin explotación turística. Tampouco resentimento. Máis ben todo o contrario: o personaxe formaba parte da crónica de todos eles, con humor, conscientes de que as caricaturas reflicten tipos humanos que en gran medida son o relato heroico da supervivencia, a historia daquelas xentes que, con estudos limitados, loitaron para saír adiante como mellor puideron. A ilusión dun proxecto de supermercados seica era un soño divertido do vello Manuel, o primeiro propietario do local, a ilusión de todo traballador que desexa medrar co seu esforzo. «Pero nunca vendendo lentellas podres», advertiu a parella. «Esas cousas véndenas outros, dende alturas bastante superiores e mesmo sen ter que render contas». Todos entendemos o que querían dicir.

Anos despois, cando volví polo barrio, a tenda xa cerrara.

Suspicias

EL TONEL DE DIÓGENES

LUIS FERRER | BALSEBRE

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos». Charles Dickens.

La Sociedad del Bienestar que veníamos disfrutando hace décadas está implosionando merced a la crisis provocada por el covid-19. Esta no es solo una crisis sanitaria, económica, política y social, es también una crisis que afecta a todo el sistema relacional humano. Es mucha gente la que se resiste a asumir que, sí o sí, tendrá que cambiar su modo de vida y de relación y cuanto más tarde en asumirlo más pronto se extinguirán.

Mientras la ciencia está inmersa en un proceso de aprendizaje para comprender y aprender a combatir el virus de la forma más eficaz, la sociedad en su conjunto está perpleja y desorientada como vacas sin cencerro. Solo hay que ver la enorme varie-

dad de mensajes y recomendaciones (muchas de ellas contradictorias), prohibiciones y enfrentamientos que, un día sin otro, salpican nuestro día a día.

Todo ello ha instalado en el bienestar un ambiente raro, tenso y desconfiado, que late tras una aparente normalidad. Cuando la razón no acaba de resolver un problema, son las emociones las que toman el mando de las conductas complicando aún más la situación. Aparecen entonces los negacionistas que vienen a ser la expresión más clara de la negación de la razón y la primacía de la emoción. La angustia se convierte en ira y la ira se desplaza de la causa que la genera proyectándose sobre los otros, sobre aquellos que la asumen. El conflicto está servido.

Despierta el pensamiento mágico primitivo que distrae la razón susurrándonos la imposibilidad de que nosotros podamos ser una víctima más. Los botellones, el incumplimiento de las normas básicas, las escapadas prófugas que quebrantan las indicaciones de las autoridades como si fueran una pillería

con la que conseguimos burlar una realidad que nos incomoda. Se agrava la infantilización de una sociedad acomodada que fía su bienestar al amo, al señor feudal que nos libraré de los enemigos mientras nosotros seguimos danzando y tomando cañas.

Pero los nuevos amos, inmersos también en la perplejidad y la resistencia al cambio, convierten la normal desconfianza inherente a las relaciones de poder políticas en suspicacia —rasgo psicopatológico— que percibe la razonable confrontación como un ataque de mala fe encaminado a destruir al contrario. La gobernanza serena y eficaz se hace imposible desde esta suspicacia. Véase Madrid. Han cambiado las normas del juego y parece que todos quieren seguir jugando al parchís y abriendo la barrera cuando sale un seis. Seguimos jugando al mus pero las señas se interpretan como burlas amenazantes. Un patio de colegio dónde escasean los adultos que se responsabilicen de sus conductas fiándolo todo al Netflix y enseñando el trasero de su ignorancia.

España, Mojica y aquella oportunidad

AL DÍA

MARÍA D. MAYÁN SANTOS

Directora del grupo de Investigación CeitCOM, del Instituto de Investigación Biomédica (Inibic)

La Real Academia de las Ciencias sueca ha otorgado el Nobel de Química a dos investigadoras, Emmanuelle Charpentier y Jennifer Doudna por «el desarrollo de un método de edición genética». Su mérito es incuestionable, han premiado la aplicación, pero las bases las sentó el microbiólogo español Francis Mojica cuando descubrió la técnica de edición de genoma CRISPR como un mecanismo de defensa de unas bacterias de las salinas de Santa Pola contra

los virus que las acechan. Charpentier y Doudna han revolucionado la biotecnología y biomedicina al aplicar el conocimiento publicado por Mojica a la edición de material genético de prácticamente cualquier especie, lo que conlleva múltiples aplicaciones, incluido el potencial tratamiento de enfermedades genéticas o el desarrollo de kits de diagnóstico. CRISPR es el paradigma de que sin ciencia básica no hay ciencia aplicada. En ciencia la comunicación y el lobby, trabajado de forma ética, son esenciales. Nuestra diplomacia y estructura de lobby no han sido lo suficientemente efectivos; en Europa quizás somos más conocidos por el fútbol y el turismo. Igual es hora de

cambiar de rumbo. Estamos en el siglo XXI, y el covid-19 nos ha demostrado el poder de la ciencia: el que descubra antes, gana. El resto compra y paga los puestos de trabajo en los países que han generado esas tecnologías.

Un laboratorio medio en España y en Galicia como el de Mojica no puede competir con Charpentier o Doudna porque su presupuesto es infinitamente menor. No tenemos las infraestructuras y capacidad de desarrollo que sí tienen otros países. La I+D+i no es una prioridad en nuestro país. Las patentes de CRISPR tienen un volumen de mercado estimado de 46.000 millones de dólares solo en medicina. Pero no son españolas.

Un claro ejemplo de lo poco

que se valora a nuestras científicas y científicos fue la concesión del Premio Princesa de Asturias de Investigación Científica y Técnica del 2015 únicamente a Charpentier y Doudna. Si ni siquiera nosotros hemos promovido suficientemente la candidatura de Mojica ¿cómo podemos ahora reclamárselo a la Real Academia de Ciencias sueca? En ciencia un ladrillo sienta las bases para otros descubrimientos. Es el puzzle del conocimiento científico, y en este caso la pieza inicial la ha puesto un español. Mojica es parte de la historia de este premio y del futuro tan prometedor de su CRISPR. Es difícil no sentirse decepcionada y desatendida. Hemos perdido una gran oportunidad.

Siempre necesitaremos Quinoterapia

CORAZONADAS

CÉSAR CASAL

El secreto era que ponía a correr a la ternura. Litros de ternura entran en el torrente sanguíneo al leer sus viñetas. En vez de adrenalina a saco. O mejor, diluía, sabio, la adrenalina del enfado de un mundo perverso en el dulce de leche de la ternura de niño. Era un permisista tierno. El punto de vista lo hacía inmenso. El terrible Ciorán con la mirada de una cría Mafalda que te hace titilar la conciencia. Así era Quino. Utilizaba el sedante natural de la ternura ante el golpe de la realidad. Esas tiritas que Mafalda se preguntaba cómo se pegaban en el alma, en las heridas del alma. Esas aspirinas que le quería dar al mundo. Qué tipo más genial. ¡¡Paren el mundo, que me quiero bajar!! ¿Quién no lo ha pensado un millón o dos millones de veces? ¿Quién no ha tenido esas ganas de bajarse? ¿Quién

no ha tenido que juntar ánimos para levantarse de la cama y poner otra vez los pies en el patíbulo del suelo? Los pies convertidos en yunques. Mafalda es el eje feminista. Pero están los demás. Manolito, hablando en plata, elemental, es un monolito. Libertad, irónicamente pequeña. Felipe, entusiasta contradictorio, lee al Llanero solitario y ama a Muriel. Susanita, maruja prematura, cotilla. Miguelito, inocencia reflexiva. Guille, pícaro hasta el chupete. Los padres. Él, Alberto, abrumado. Ella, Raquel, microclima casero, *afterhours* madre 24 horas por siete días. Y la tortuga, claro, llamada Burocracia. Genial esa tira en la que Mafalda pregunta cómo es que envían a un padre al trabajo todos las mañanas y les devuelven a la noche una piltrafa. Esa manera de clavar cómo somos hámsteres corriendo en la noria de la nómina y las facturas, catetos para pagar la hipotenusa de las hipotecas. El odio a la sopa. El amor a los Beatles. Todo suma y multiplica para que Quino ten-

ga un duelo mundial. Todos nos vemos en esa pandilla de pequeños. No hay fronteras cuando se habla el lenguaje del sentimiento. De la hiel hacía hidromiel, ahora que sobrevivimos en una sociedad de hidrogel. ¿Cómo habría dibujado el absurdo inmenso de esta pandemia en la que los gobiernos de todo signo y lugar se empeñan en acabar con nosotros? Nos ha faltado esa Mafalda con mascarilla. Es fácil deducir que pensaría que la suma de inútiles al mando no altera el producto del fracaso que nos estamos comiendo. Pero poco se puede añadir sobre el dibujante, periodista de tinta y lápiz, que lo que subrayaron dos grandes, como García Márquez y Julio Cortázar. García Márquez: «Después de leer a Mafalda me di cuenta de que lo que más te aproxima a la felicidad es la quinoterapia». Y Julio Cortázar: «No tiene importancia lo que yo piense de Mafalda, lo importante es lo que Mafalda piense de mí». Tal es su fama. Una chiquita gigante. Gracias, Quino.